10

LA NOVELA TEATRAL

10 cts.

EL REY GALAOR

POR

Francisco Villaespesa

Nº 1.9

Año II Madrid 18 de Febrero de 1917 Núm. 10

La Novela Teatral

Complemento de LA NOVELA CORTA

COLABORADORES

DRAMÁTICOS

GALDÓS.-BENAVENTE.-ECHEGARAY.-DICENTA.-LINARES RIVAS.-MARTÍNEZ SIERRA. ALVAREZ QUINTERO.-MARQUINA.-VILLAESPESA.-RUSIÑOL.-GUIMERÁ.-REPARÁZ.-OLIVER.

EL SAINETE Y LA HUMORADA

ARNICHES.-PASO.-GARCÍA ALVAREZ.-ABATI.-RAMOS CARRIÓN.-VITAL AZA.-MUÑOZ SECA.-RICARDO DE LA VEGA.-LÓPEZ SILVA.-ASENSIO MÁS.-CADENAS.-CASERO.

JÓVENES AUTORES

TORRES DEL ALAMO Y ASENJO.-RAMOS MARTÍN.-PÉREZ FERNÁNDEZ. ANTONIO DOMINGUEZ.-PARADAS Y JIMENEZ.

CLÁSICOS

CALDERÓN.-LOPE DE VEGA.-MORETO.-LOPE DE RUEDA.-TIRSO DE MOLINA.-F. DE ROJAS. SHAKESPEARE..RACINE.-CORNEILLE.-MOLIERE.-SCHILLER.-SOFOCLES.-EURÍPIDES SQUILO.-ARISTÓFANES.

EXTRANJEROS

D'ANUNZIO.-GIACOSA.-ROVETTA,-BRACCO.-ROSTAND.-BERSTEIN.-DONNANY.-HERVIEU.-TRISTÁN BERNARD.-LAVEDAN.-A. HERMANT.-PAUL VEBER.-DESCABES.-BRIEUX.-IBSEN AUGIER.-CAPUS.-CUREL.-MARIVAUX.-PINERO.-SUDERMANN.-HAUPMANN.-PORTO SICHE.-VINKELMAN.-RIVAROL.-BOJOERSON.-MÆTERLINCK.

OBRAS ADQUIRIDAS

COMICAS

Genio y figura.- Trampa y cartón.- Pastor y Borrego.-Fúcar XXI.-La frescura de Lafuente.-Las Cacatúas.-Los chicos de la calle.-La sobrina del cura.-La gentuza.-La casa de Quirós.-El velón de Lucena.-El infierno.-Los perros de presa.-El tren rápido.-El gran tacaño.-El paraiso.-La divina providencia.-La mar salada-López de Coria.-Las cosas de la vida.-Mi Papá.- Gente menuda.-Alma de Dios-. El pobre Valbuena.-Las estrellas.-Noche de Reyes, etc.

DRAMATICAS

El Místico.-El Cardenal.- Los Semidioses.-Primavera en otoño.-El señor Feudal. Aurora.-Daniel.-El Lobo.-Sobrevivirse, etc., etc.

EXCLUSIVAS

Contamos con las de los autores siguientes, para publicar sus mejores obras:

Dicenta.-Arniches.-Villaespesa.-Paso.-Abati.-García Alvarez.-Muñoz Seca.

También contamos con obras de **Galdos.-Echegaray.-Benavente.-Guimerá.-Quintero**

Precio de números atrasados:

Sencillo..... 20 céntimos. — Extraordinario..... 50 céntimos.

Administración: Calvo Asensio, 3. Apartado 498—Madrid

No se admiten suscripciones.

Dirijase la correspondencia al Administrador de LA NOVELA CORTA

El Rey Galaor

TRAGEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO
INSPIRADA EN UN POEMA DE EUGENIO DE CASTRO

POR

Francisco Villaespesa

PERSONAJES

EL REY GALAOR	SIBYLA	SEGISMUNDO
GUDULA	EL DESCONOCIDO	HAROLDO

La acción en un país fabuloso.—Edad Media.

ACTO PRIMERO

Un salón grande y taciturno revestido de viejas tapicerías. Al fondo, un amplio ventanal gótico, por cuyos huecos se ve el mar encrespado. A la izquierda, una puerta. Crepúsculo. Todo aparece en una dudosa claridad de misterio, donde las figuras vagan como sombras.

ESCENA PRIMERA

(Al alzarse el telón aparecen HAROLDO *en la ventana, contemplando el mar, y* SEGISMUNDO *a su lado. El primero, armado de un arco.)*

HAROL.—¡Segismundo, mira cuántas
gaviotas sobre el mar!
En los ásperos cantiles
se les siente aletear,
con un zumbido de enjambre
que torna a su colmenar;
chillan; en el mar se arrojan,
vuelan de acá para allá,
como si temiesen algo
que esté próximo a llegar...

SEGIS.—¡Chillidos de gaviotas
son signos de tempestad!

HAROL.—*(Mostrando el arco y sacando una flecha del carcaj.)*
Hombres no cacé en la guerra,
ni gacelas en la paz...
Para que no se enmohezcan
las flechas en mi carcaj,
sobre esas aves errantes
mi brazo voy a probar. *(Mirando y extendiendo el arco.)*
Sobre aquella... La más alta... *(Dispara el arco.* SEGISMUNDO *se asoma a la ventana.)*

SEGIS.—¡Buen blanco!

INSTITUTO DEL TEATRO Biblioteca

HAROL.

¡Cayó en el mar!... *(Inclinándose en el barandal.)*
¡Igual que un vellón de espuma
se ve en la espuma flotar!...
(Deja el arco apoyado en la ventana y se dirige al centro de la escena.)
Para el que es joven y siente
en sus venas estallar
la vida como un incendio;
para el que anhela luchar,
y ama el peligro y la guerra,
y gusta amores trovar,
es lo mismo que un sepulcro
este palacio real.
Bien está, que Galaor,
para quien la vida ya
tan sólo tiene recuerdos,
se encierre aquí a recordar,
al rescoldo de la lumbre,
y entre las manos la faz.
Mas el que no tiene una
hazaña que relatar,
cuando su cuerpo se curve
bajo el peso de la edad,
¿qué le contará a sus nietos
al resplandor del hogar?...
(Desdeñosamente.)
¡Que mató una gaviota,
y que una vez, de un rosal,
cortó las rosas más frescas
para adorno de un altar!...
(Pe-queña pausa.)
¿Esta es la corte del rey
cuyo nombre hizo temblar
a los más fieros caudillos?
¡Mejor me valiera estar
encerrado entre los muros
de mi castillo feudal;
cazando en aquellos bosques,
galopando en mi alazán,
con el halcón en la diestra
y en el cinto el yatagán;
o escuchando a los juglares
amantes trovas cantar,
bajo las arcadas góticas
de un palacio provenzal,
o de fraile en un convento,
o de pirata en el mar!

SEGIS.

Trovando en dulces cantares
su amoroso desvarío,
ya no alegran los juglares
las veladas familiares
de este alcázar mudo y frío.
Ni sangrientas las miradas,
por las rápidas visiones
de las presas codiciadas,
en alcándoras doradas
aletean los halcones.
Ni al clamor de los clarines,
que evocan viejos laureles,
tienden al viento las crines,
relluchando, los corceles
de los nobles paladines.
Las puertas están cerradas,
y en las panoplias obscuras,
entre el polvo arrinconadas,
se enmohecen las espadas
y las viejas armaduras.
Galaor está sumido
en honda desolación...
¡De tanto como ha sufrido,
tiene el corazón transido
y ha perdido la razón!
Y hasta su hija, que era
su única dicha, heredera
de su cetro y su corona,
en negra torre aprisiona
como si fuese una fiera.
Con tal saña la ha encerrado;
la guarda con tal cuidado,
que desde que vive presa
ninguno ver ha logrado
el rostro de la princesa.

HAROL.

¡Qué locura!

SEGIS.

¡No es locura! *(En voz baja, misteriosamente.)*
Exalta su fantasía
una vieja profecía
que el fin de su estirpe augura.
Desde entonces, receloso
vive de todo. ¿En la paz

de la noche, no le viste,
desenvainando el puñal,
la cabellera revuelta,
muda y pálida la faz,
por los largos corredores
como un fantasma vagar?
A veces, salía del lecho,
dando gritos, y se va
las puertas y las ventanas
del palacio a vigilar,
cual si temiese que alguien
por ellas pudiese entrar...
En vano los caminantes
piden hospitalidad,
que para todos, las puertas
siempre cerradas están...
Ahora, subido en la torre
más alta, está viendo el mar,
cual si esperase a lo lejos
a algún bajel divisar...

HAROL.

¡Está loco! Mas ¿qué importa?
Ya que no puedo esperar
aquí ni amores ni fama,
procuremos recordar,
en este laúd que he hallado
polvoriento en un desván,
una trova que hace tiempo
escuché a un viejo juglar. *(Coge un viejo laúd que hay encima de un sillón y se pone a templarle.)*

SEGIS.

¡Como Galaor la oiga
mal lo vamos a pasar!

HAROL.

Está entregado a sus furias...
Sibyla la aprenderá,
y podrá con sus cadencias
alegrar su soledad. *(Pulsa el laúd y canta.)*
En la calleja desierta
vibra el alma de un laúd...
¡El amor llama a tu puerta!...
¡Sal a abrirle, Juventud!
¡Sal a abrir al Prometido,
toda trémula de amor,
sin más velos que el tejido
de rosas de tu pudor!

ESCENA II

[DICHOS *y* GALAOR, *que entra colérico.* HAROLDO *se queda inmóvil* *y* SEGISMUNDO *se inclina.*)

GALAOR.

¿Quién se atreve en este sitio
cantos de amor a entonar?

SEGIS.

¡Señor!... *(Temblando.)*

HAROL.

(Balbucedando.) ¡Señor!... No sabía...
¡Perdón! ¡Perdón! *(Cae de rodillas.)*

GALAOR.

¡Basta ya!
Rompe el laúd, que sus notas
en mi alcázar suenan mal.
Arroja a la mar sus restos... (HAROLDO, *temblando, rompe el laúd y arroja sus pedazos al mar.)*
¡Y si vuelves a cantar,
yo te juro que con ellos
a pudrirte irás al mar!... *(Como temeroso, observando desde el ventanal.)*
El oleaje se encresپa.
Se acerca la tempestad.
Antes que la noche llegue,
todas las puertas cerrad,
que no vayan los fantasmas

con la sombra a penetrar. *(Se sienta junto a la ventana.* HAROLDO *y* SEGISMUNDO *se inclinan y se van silenciosamente.)*

ESCENA III

(GALAOR, *sentado en alto sitial de respaldo blasonado junto a la ventana.)*

¡Dejadme, pensamientos! Vuestros picos de acero
devoran mis entrañas... ¡Una tregua os suplico!
¿No veis que de tristeza y de terror me muero
bajo el bárbaro y duro furor de vuestro pico?
Mi alma es como una llaga que de sangrar no cesa.
Toda mi carne se abre como una inmensa herida...
¡Son demasiados tigres para una sola presa,
y son muchos dolores para una sola vida!
Mi materia y mi espíritu son una misma cosa:
todo sangra y me duele; todo es lepra asquerosa. *(Horrorizado, esconde la cabeza entre las manos.)*
¿Qué espero en esta noche? ¿Qué invisible ladrón
vendrá a robarme ahora algo del corazón?

ESCENA IV

(GALAOR, *permanece un instante pensativo y lúgubre, con los ojos cerrados y la cabeza entre las manos.* GUDULA *entra melancólicamente, con los ojos arrasados en lágrimas.)*

GALAOR.—*(Estremeciéndose al oir los pasos.)*
¿Quién es? *(Reconociendo a* GUDULA.)
¡Ah!, tú, Gudula... ¿La dejaste encerrada?
GUDULA.—*(Entregándole dos grandes llaves de plata.)*
Encerrada, ¡hija mía!, lo mismo que a las fieras.
GALAOR.—¿Cuándo, al fin, veré enjutos tus ojos?...
GUDULA. Cuando quieras,
libertar a mi hija.
GALAOR. Entonces, desdichada,
jamás miraré secas las fuentes de tu llanto...
GUDULA. *(Suplicante.)*
Galaor, oye. Escucha. ¿Por qué, si la amas tanto,
por qué la tienes dentro de esa torre, cautiva?...
¡La hija de mis entrañas está enterrada en vida!
GALAOR.—*(Piadosamente.)*
No, Gudula; yo nunca pensé hacerla dichosa,
como nunca he pensado, dulce alma lacrimosa,
darle voz a las piedras y espíritu al acero... *(Con terror, mirando a todas partes.)*
Mas teniéndola presa en esa torre, espero
libertarla de aquello que está para llegar...
GUDULA.—*(Cayendo de rodillas, con las manos tendidas al cielo.)*

¡Ten piedad de una madre desolada, Dios mío!

GALAOR.—*(Alzándola dulcemente.)*
¿Crees que Dios, desde el cielo, tus quejas va a escuchar?
Ilusiones pueriles... Se pierde en el vacío
la voz que a Dios se eleva... Pon la vista en el mar.
Las olas que allá miras no cesan de llorar;
mas nosotros, que el hábito de escucharlas tenemos,
tan sólo las oímos cuando oirlas queremos...
¡Ay, por mucho que gimas en tu desolación,
Dios, verdugo impasible, tu voz no ha de escuchar,
pues para sus oídos nuestros gemidos son
como para nosotros los gemidos del mar!

GUDULA.—*(Con fe.)*
¡Dios premia, tras la muerte, las penas de la vida!...

GALAOR.—¿Piensas que Dios, acaso, pobre madre afligida,
cuando llegue la muerte, justicia nos va a hacer?
Pudiera ser, pudiera... Mas también puede ser
que nos mire lo mismo que al mar estamos viendo,
y olvide a los que van en la tumba cayendo,
igual que yo me olvido, después de un claro día,
de las ondas que mueren llorando en su agonía.

GUDULA.—*(Horrorizada.)*
¡Blasfemas!

GALAOR. Si blasfemo, sólo Dios es culpable...
Dios, que mirar me ha hecho en el mar agitado
de nuestra pobre vida el símbolo inmutable,
el símbolo que tantas veces me ha alucinado,
que eriza mis cabellos y mi terror revela,
que en sueños me apuñala y despierto me hiela...
Si ver la vida quieres, pon tu vista en el mar. *(Levantándose y aproximándose a la ventana.)*
Abre los ojos. Mira... Allá se ven trepar
los escollos, en choques confusos de gigantes,
corriendo y persiguiéndose, las olas ululantes.
Gimen, silban, aúllan, retuércense encrespadas;
cambian besos y flores, blanden finas espadas;
tienen gestos serviles y luego gestos bravos,
arquéanse como reyes, se humillan como esclavos
no paran, corren siempre en filas luminosas;
amenazan viriles, suplican lastimosas;
unas derraman besos, otras clavan puñales;
éstas visten de odio y de lujuria aquéllas;
despéñanse al abismo, se levantan triunfales
a las nubes, dan ayes, y al final, todas ellas,
una a una, llorando, blasfemando o riendo
en espuma, en la playa, van todas sucumbiendo.
Cada alma es una onda. Yérguese altivamente,
quiere alcanzar el cielo y en él resplandecer

de estrellas y de soles coronada la frente...
Después, herida, viendo su efímero poder,
cae y muere deshecha en doloroso canto...
¡Cada alma es una onda!... ¡La vida es mar de llanto!
(GALAOR *se sienta de nuevo en el sillón y* GUDULA *a sus pies, en el suelo, sobre una almohada de terciopelo rojo, bordada en oro. Silencio corto.)*

GUDULA.—¡Qué crueldad sin ejemplo! ¡Qué inaudito martirio,
tenerla así encerrada, como un cándido lirio
en mazmorra sombría... ¡Cerrada, pobre estrella,
señor, con estas llaves que pesan más que ella!

GALAOR
¡Quien te oyese, creería que yo soy un león!...
Si la dicha no fuese tan sólo una ficción,
si yo mirar pudiera feliz a la hija mía,
¡mis brazos, para darle alas, me cortaría!
¡La amo y quiero librarla del dolor que me pesa!
¡La amo mucho, y por eso he de guardarla presa! *(Misteriosamente.)*
De noche, la Desgracia estas salas recorre...

GUDULA.—*(Abrazándose a las rodillas de Galaor.)*
¡Galaor, abre pronto las puertas de su torre!

GALAOR
¡Nunca, que la Desgracia está durmiendo ahora
y es tan fugaz su sueño que á nada se incorpora!
Si le abriese las negras puertas de su prisión,
estallando de júbilo tu noble corazón,
con tan fuertes latidos tu pecho golpearía,
que la Desgracia, entonces, al fin despertaría!...

GUDULA.—*(Desesperada.)*
Si es así, si despierta a los más leves ruidos,
¿cómo ya no lo ha hecho al son de mis gemidos?... *(Con dulzura, tomándole las manos.)*
¡Sácala de esa torre! Andaré yo a su lado,
vigilándola siempre con maternal cuidado,
como un ángel que cuida a un rosal muy enfermo!...

GALAOR.—*(Rechazándola suavemente.)*
¡No insistas más, Gudula! La flor que abre en un yermo
en paz vive y fallece. Mas las plantas triunfales
que encantan con su aroma los jardines reales,
serán decapitadas por dedos refulgentes...
¡No insistas! Del acaso las alas inclementes
vibran sobre nosotros cual desnudas espadas...

GUDULA
¡La bondad de Dios!...

GALAOR
Desde las torres elevadas
nadie ve las hormigas entre el polvo pasar... *(Lleno de un nuevo terror.)*

¡Ay! ¿Quién no teme a aquello que está para llegar?...
¡Quien no siente el espanto de lo que ha de venir,
es un ciego sin guía ni bordón, que imprudente
cruza un estrecho puente, tan ruinoso, que siente
las tablas carcomidas bajo sus pies crujir! *(Pequeño silencio.)*
Atiende bien, Gudula. Una vez, era mayo,
iba alegre de caza, en mi caballo bayo,
entre risas de pajes y cantos de halconeros,
cuando al cruzar un bosque de verdes limoneros,
el nervioso corcel, viendo en la hierba en flor
palpitar una hoja, llenóse de pavor,
y conmigo lanzóse en tenebroso abismo...
Exponiendo la vida, con leal heroísmo,
el más fiel de mis pajes, el noble Segismundo,
del fondo del barranco me extrajo moribundo.
Allí cerca se alzaba tu castillo feudal,
y a él me llevaron. Nunca tu mirada se había
—ni siquiera en un sueño—cruzado con la mía.
Mas al volver del trágico letargo de mi mal,
junto a la cabecera de mi lecho te vi
como a un ángel. ¡Tus manos, al curar mis heridas,
eran tan luminosas, tan dulces, tan pulidas,
que llorando de gozo, al Señor le pedí
que mi cuerpo de nuevo fuese una sola llaga!...
De ti quedé prendado... ¡Y aun recordar me halaga
aquellas dulces horas! «Que me amabas», decías...
¡Oh, qué sueños de amores!... Al cabo de unos días
bendijo un arzobispo, Gudula, nuestra unión...
Pareciónos, entonces, ciegos por la pasión,
que el uno para el otro habíamos nacido,
como nacen dos aves para formar un nido,
y que al verte en la cuna sonreir amorosa
Dios decretado había que tú fueses mi esposa.
Mas, meditando un poco, fué una hoja agostada
la que unió nuestras almas...

GUDULA.—*(Interrumpiéndole.)* ¡Hoja por Dios mandada!

GALAOR

¿Por Dios?... ¿Por el Acaso?... ¿Quién afirmarlo puede?...
Tan sólo sé que todo cuanto aquí nos sucede
tiene tantas raíces y tantos, tantos frutos,
que no doy paso en esta vida de horror y lutos,
sin que no me estremezca de terror al pensar
los males que este paso me puede ocasionar!...

GUDULA

Mas, Sibyla, ¿qué tiene que ver con todas esas
penas? Cantan felices otras nobles princesas...
Para ellas es la vida eterno amanecer...

GALAOR.—¿Felices? Mas ¡qué pronto lo dejarán de ser!

Casarán las princesas y serán reinas fuego,
se llenarán de hijos, y mil llagas de fuego
devorarán tenaces su carne corrompida...
¡Ay de los que se atreven a dar a un hijo vida!
¡Ay de los que se arriesgan! El hombre y la mujer,
de los más negros crímenes cómplices pueden ser.
¡Imagínate toda la angustia que han sufrido
la madre de un poeta y el padre de un bandido!... *(Se mete las manos en la cabellera revuelta.)*

GUDULA.—*(Cariñosamente.)* ¡Cálmate!

GALAOR

¡Quién me diera un poco de sosiego!
Mas ¿cómo conseguirlo?, ¡oh, Gudula! si llego,
recelando la pena que lejos me amenaza,
a no sentir ahora la que me despedaza *(Delirando.)*
¿Lo que habrá de llegar? ¡Nadie, nadie se mueva!
Dos hombres una vez entraron a una cueva;
a los dos abrasaba la misma sed de oro;
uno encontró la muerte y el otro halló un tesoro.
En una negra y fría noche devastadora
hizo carbón un rayo a una pobre pastora,
que fué a buscar abrigo—¡oh, dura suerte impía!—
bajo una vieja haya que yo plantado había
cuando eran puras como las hostias estas manos.
Dos jóvenes hermanas encuentran dos hermanos.
Eligen los esposos... La lujuria se espeja
en sus ojos... ¡Dios mío!... Mas de cada pareja
un asesino nace... Tal vez naciese un santo
si la elección es otra... En cada esquina, en tanto
el Azar nos espía... ¡Misterio alucinante!...
Se cae una columna y mata a un caminante.
¿Qué está para llegar?

GUDULA ¡Oh, mi hija adorada!

GALAOR

Bien sé que vive triste, pero no está amargada.
¡Y así, triste la quiero! La risa atrae el dolor,
que va tras ella, como siervo tras su señor...
¡Llorad, llorad sin treguas! El que pasa riendo
es como el que un talego de oro va sacudiendo
por un pinar sombrío donde acechan ladrones!..
No insistas más, Gudula, que tus lamentaciones
son vanas. Encerrada en esa fortaleza,
nadie podrá robarle su angelical pureza!

GUDULA

¡Qué locamente piensas! Pues juzgas que el destino
es un tímido huérfano o una débil mujer
que enmudece de espanto y se acobarda al ver
la sombra de un viajero que le corta el camino!

Puede, [illegible] or, de hierros y de bronces cubrir
las puertas de su cárcel, y hasta hacerlas guardar
por dos fieros leones de sangriento mirar...
¡Las puertas han de abrirse, si Dios las manda abrir!
¡Que Dios no te castigue! Si El quisiese, Sibyla
escapase ahora mismo de su helada prisión...

GALAOR.—*(Inquieto,)* Mas ¿cómo?

GUDULA ¿Cómo? Muerta.

GALAOR.—*(Oculta la cabeza entre las manos.)* ¡Muerta! ¡Tienes [razón!
La tienes...

GUDULA
¿Por qué tiemblas? ¿Por qué tu voz vacila?
Palidece tu rostro... Galaor, ¿en qué piensas?

GALAOR.—*(Como delirando.)*
En lo que va a llegar... ¡Por qué florestas densas,
anda mi alma! El frío mis carnes acuchilla...
siento aullar a los lobos... ¡Qué horrible pesadilla! *(En voz baja, como quien descubre un secreto.)*
Y muchas veces, muchas, conversando contigo,
pienso que este tormento es el justo castigo
de aquel mi odioso crimen...

GUDULA.—*(Espantada.)*
¿Qué crimen cuentas? Di...

GALAOR
Amé a otra mujer antes de amarte a ti;
y de ella tuve un hijo. Y en vez de estrangularle,
o de pasar mi vida junto a él, para librarle
de todos los escollos y abismos traicioneros,
le arrojé indiferente por los despeñaderos
a las ondas brutales de la vida cruel...,
¿Qué le habrá sucedido?...

GUDULA ¿No sabes nada de él?

GALAOR
No. Apenas fué nacido le dejé en una estrada...
Era al caer la tarde... Y al romper la alborada
no estaba ya en el sitio donde yo lo escondiera...
¿Quién lo robó? No sé... ¡Quizás alguna fiera! *(Pequeña pausa.)*
Tal vez si lo intentase consiguiera encontrarlo.
Le coloqué en el cuello, antes de abandonarlo,
engarzado en un rico collar de oro, un anillo
con un rubí de Oriente de extraordinario brillo...
¡Jamás, jamás, Gudula, buscarle he procurado!
El recelo, quizás, de verle desgraciado,
pálido, sollozando por su infortunio inmenso,
paralízame cuando en encontrarle pienso...

VOZ DE SIBYLA.—*(Dulcemente amortiguada por la distancia.)*

Trajeron claveles
blancos y encarnados,
y adorné con ellos
mis bucles dorados.
¡Qué alegres venían!
¡Qué aroma tan blando!
¡Al verlos diríase
que estaban cantando!
Mis ojos leales
después los miraron...
¡Pusiéronse tristes
y se marchitaron!
No sé qué desgracia
en mí traigo presa...
No sé si en mis ojos
despiertan tristezas,
o si son mis ojos
llorosas turquesas,
¡que hasta en la alegría
divisan tristezas!

El canto desfallece extenuado de dulzura. Galaor y Gudula se contemplan con los ojos húmedos de lágrimas.)

GALAOR

¿Eres tú quien le enseña esos cantos de amores?

GUDULA

Yo no. Pero los cantos dolientes y argentinos
le nacen en el alma como si fuesen flores,
porque también en mayo florecen los espinos.

GALAOR

¿De qué te habla en la torre? ¿Qué sueña?

GUDULA ¡Desdichada!...

Quiere saberlo todo...

GALAOR ¿Y tú?

GUDULA Titubeante
obedezco tus órdenes. Le miento en todo instante.

GALAOR ¿Y ella?

GUDULA Jamás me cree.

GALAOR ¿Jamás te cree?

GUDULA Nada.

Todo es inútil... Todo. Por más, por más que intente
decirle que en el mundo existen solamente
tres seres: tú, yo y ella, no cree...

GALAOR ¡Desdichada!

¡Continúa!... ¡Habla!

GUDULA Dice que existe otra persona
digna por su belleza de ceñir tu corona...
Un señor muy hermoso con las manos de nieve,
que llegará a buscarla, en breve, ¡muy en breve!

GALAOR.—*(Como loco, sujetándola por un brazo.)*

¡Me desgarra el pecho!... ¡Qué horror! Vamos, confiesa
que fuiste tú, ¡oh madre desnaturalizada!,
quien hablando de amores envenenaste esa
conciencia que era como paloma inmaculada!...
¿Qué has hecho? Di ¿qué has hecho?

GUDULA.—*(Con noble firmeza.)* Si fuí yo, Galaor,
la que sembró en su pecho la simiente de amor,
que hoy mi cuerpo cubra de llagas horrorosas!... *(Dulcísima.)*
(Con dulzura.)

Mas los rosales nunca aprenden a dar rosas...

GALAOR

¡Todo perdido! ¡Todo!

GUDULA

Y, ahora, ¿por qué motivo?
conservar aún intentas ese cuerpo cautivo.
si su alma vuela libre y, volando, se aleja
por el azul del cielo, buscando su pareja?
Déjala ya que salga, y verás la sonrisa
en mis labios exangües...

GALAOR

Ahora es cuando precisa
vivir más alejada del engaño del mundo...
¡El pozo más inmenso será poco profundo
para encerrarla!

GUDULA

¡Escucha! ¡Tanta pena estremece
su pecho, que da lástima! Apenas amanece,
ansiosa de ver todo lo que nunca ha mirado,
las planicies, los mares y ese cielo azulado,
a un escabel se sube, a ver si al fin alcanza
la ventana que encierra su suprema esperanza.
Y aunque no llega aún, parece, Galaór,
que para que no sea su anhelo cosa vana,
su cuerpo esbelto y ágil crecer hace el Señor!

GALAOR.—*(Con dureza.)*

¡Es preciso, Gudula, tapiar esa ventana!

GUDULA.—*(Inclinándose con amarga sumisión.)*

¡Y manda al mismo tiempo cavar mi sepultura!...

GALAOR.—*(Agitándose desesperadamente.)*

¡Ay, qué infortunio el mío!... ¡Qué implacable tortura!
¡Mirar podrán sus ojos maravillas y horrores,
cuerpos llenos de llagas y jardines con flores!
Sus ojos infantiles, estrellas luminosas,
mirarán las galeras que arriban victoriosas,
y quedarán soñando con países distantes,
con ciudades de púrpuras, con islas de diamantes...
¡Van a ver sus pupilas! ¡Le dirán que es hermosa
todas las cosas feas, y hasta las cosas bellas,
nubes, rosas y cisnes, crepúsculos y estrellas,
le dirán cómo es su belleza preciosa!...
Van a ver de los árboles los connubios obscenos
que henchirán de lujuria sus virginales senos...
¡Sus ojos van a abrirse!... ¡Van a ver!... Van a abrir
las puertas de su alma, de la inviolada Ofir
a la trágica y negra cohorte de la Suerte:
la Ambición, el Deseo, la Desgracia y la Muerte!...
No puede ser! *(Toma las dos llaves de plata a escondidas de Gudula, las oculta bajo el manto y se dirige a la puerta.)*

GUDULA.—*(Queriendo detenerle.)*
¡Escucha! ¿A dónde vas? ¿A dónde?

GALAOR
No lo sé... ¡Quiero aire! *(Sale.)*

GUDULA.—*(Desde la puerta.)* ¡Galaor! *(Pequeña pausa.)*
¡No responde!

ESCENA V

GUDULA, *descendiendo al fondo de la escena.*

¿Dónde irá? ¿Dónde irá? ¡Quién conoce el camino
adonde nos empujan las fuerzas del Destino!...
Acaso sus pesares los vaya a consolar
oyendo los gemidos prolongados del mar. *(Se sienta junto a la ventana y se queda un momento mirando al mar en sombra.)*
No sé qué es; mas algo, algo la noche espera...
Se oye un rumor lejano, como si una galera
de esperanzas y ensueños y músicas colmada,
llegase desde lejos, desde una primavera,
a embriagar de canciones y a dejar perfumada
la soledad profunda de esta estéril ribera...
¿Qué oirán nuestros oídos? ¿Qué verá la mirada?
¿Una nueva tristeza? ¿Una nueva alegría?

LA VOZ DE SIBYLA.—*(Con acento desgarrador.)*
¡Madre! ¡Madre! *(Gudula se levanta asustada.)*

GUDULA
¡Sibyla! *(Se queda un instante atenta e inmóvil, como si interrogase al silencio.)*
¿Será la voz del viento
al deshojar las rosas del jardín, o el lamento
de una ola que muere en la costa bravía?...

LA VOZ DE SIBYLA.—*(Más desgarradora.)*
¡Madre! ¡Madre!

GUDULA.—*(Dirigiéndose a la puerta.)* Es Sibyla. ¿Qué pasa?

LA VOZ DE SIBYLA
¡Madre mía!

ESCENA VI

GUDULA *y* GALAOR

(Gudula va a salir, mas se detiene al ver aparecer a Galaor, que entra pálido y trémulo, haciendo esfuerzos inauditos por ocultar su agitación.)

LA VOZ DE SIBYLA
Saltaron mis ojos
en tanto dormía...
¡Soy ciega, mas veo
mejor que veía!
¡Oh, mi lindo novio!
¡Con sus manos bellas
anda por el cielo
cogiéndome estrellas!
¡Ahora le estoy viendo
por verdes jardines,
con sus manos bellas

cortando jazmines!
¡Allá va mi novio
por los arenales,
con sus manos bellas
buscando corales!
¡Ya llega mi novio,
que loco de amores
me ofrece corales,
estrellas y flores!
El día y la noche
para mí son día...
¡Soy ciega, mas veo
mejor que veía!

(Galaor y Gudula escuchan la canción cerca de la puerta, visiblemente emocionados.)

GUDULA.—*(Enternecida.)*
¡Oh, qué canción tan bella! ¡Qué voz tan clara y pura!
¡Nunca he escuchado un canto de tan honda dulzura!

GALAOR.—*(Trágicamente pálido, lleno de amargura.)*
Los ruiseñores cantan mejor si alguien les ciega.

GUDULA.—*(Despavorida, viendo el aspecto terrible de Galaor.)*
¿Qué tienes, Galaor? ¿Qué profundos enojos
te hacen palidecer? ¿Por qué tiemblas?... Sosiega...

GALAOR.—*(Trágicamente.)*
¡Con mi puñal, Gudula, le he saltado los ojos! *(Gudula cae al suelo desmayada. Galaor se arrodilla junto a ella, abrazándola y besándola.)*

LA VOZ DE SIBYLA.—*(Mientras cae el telón.)*
Picaron mis ojos
en tanto dormía...
¡Soy ciega, mas veo
mejor que veía!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Una larga y tenebrosa abovedada. A la izquierda, separada por una gran puerta de bronce, parte de la prisión de Sibyla. En un extremo se ve una rueca. A la derecha una escalera de piedra. Al fondo una puerta y una de gruesos barrotes, por donde penetran las últimas claridades del crepúsculo.

ESCENA PRIMERA

GALAOR *y* SEGISMUNDO, *junto a la escalera, conversando en voz baja.*

GALAOR.
¡Antes que llegue con las
sombras lo que está ya para
todas las puertas de este gótico
[llegar,
palacio fúnebre cerrad!
¡Marchaos todos y dejadnos
en esta eterna soledad!
¡Para que nadie pueda abrirnos
tirad las llaves a la mar,
donde ésta sea tan profunda
cómo la misma eternidad!

SEGIS.
Señor, ¿qué os pasa? Vues-
[tros ojos
parecen trágicos que van
a desprenderse de sus órbitas;
tenéis tan pálida la faz
cual si los labios de la Muerte
os acabasen de besar.

¿Por qué tembláis como las [hojas?
GALAOR. *(Con misterio.)*
Por lo que está para llegar...
¿No ves su sombra que se [arrastra
por los jardines, a espiar,
como un ladrón que nos ace- [cha,
la mano puesta en su puñal?
Por esos patios, ¿no has mi- [rado
en la penumbra fulgurar
fosforescentes sus pupilas
como los ojos de un chacal?
En los espejos polvorosos,
¿no has visto rápido cruzar
como el perfume de un aliento
que empaña el límpido cristal?
Como el nocturno caminante
que atravesando el monte va,
antes de ver al lobo oculto
entre el espeso matorral,
siente erizársele el cabello
y de pavor se echa a temblar,
así yo siento, antes que verlo
a lo que está para llegar...
(Pausa. Se dirige al fondo, llevando del brazo a Segismundo.)
Rugen las olas encrespadas;
aúlla ya cerca el huracán;
brillan relámpagos sangrien- [tos;
retumba el trueno... Tú dirás,
mientras medroso, santiguán- [dote,
sin voz te pones a rezar.
—¡Ay, desdichados los que [andan
en frágil leño sobre el mar!
¡Ay infelices caminantes
que en medio de la tempestad
van tacteando por la sierra
sin el amparo de un hogar!
Mas el marino hallará puerto
o entre las olas se hundirá;
y el caminante acaso pueda
buscar refugio en un pajar...
¡Vivos o muertos, todos hallan
límite o término a su mal!
Mas hay pesares en mi vida
que nunca, nunca han de aca- [bar:
¡ni devorarlos quiere el lobo,
ni sumergirlos puede el mar!
(En voz baja, lleno de pavor.)
Espero algo inevitable,
algo que está para llegar;
algo que pasa inadvertido
en medio de la obscuridad...
Lo que jamás ojos mortales
han visto, paje, ni verán,
pues quien rasgar quiere su [velo
para mirar la ignota faz,
se queda inmóvil como esas
estatuas místicas que están
sobre las tumbas de los reyes
en nuestra vieja catedral...
(Pequeña pausa.)
¡Marchaos todos y dejadnos
en esta eterna soledad!
SEGIS.—*(Con la voz conmovida.)*
¡Porque he crecido como un [hijo
a vuestro lado, en vuestro ho- [gar;
por el amor que me tenéis;
por estas lágrimas... dejad
que a vuestro lado viva siem- [pre
y que os defienda mi lealtad!
Por si viniese la desgracia
vuestra existencia a amenazar,
dejad que vele como un perro,
acurrucado en vuestro um- [bral!...
Y ¡ay del fantasma o de la [sombra
que aquí se atreva a penetrar!
(Se lleva la mano a la espada.)
GALAOR.—¡Todo es inútil, Segismundo! *(Emocionado.)*

Todo es en vano... Vete ya...
No me haces falta, pues tu espada
es buena para guerrear
con seres vivos, mas con sombras,
¿de qué tu espada servirá?
¡Será lo mismo, paje mío,
que si la hundieses en el mar! *(Pequeña pausa.)*
Márchate, paje, y vuelve cuando
torne a mi espíritu la paz...
Entonces puedes, Segismundo,
de nuevo el cuerno resonar,
traer halcones en la diestra,
a los sabuesos atraillar...
y galopando por los bosques,
de nuevo iremos a cazar...
¿Hoy ó mañana? ¡Qué me importa!
¿Aves o sueños? ¡Qué más da!
Podrás sonar áureos clarines;
a mis mesnadas congregar;
entre florestas de alabardas
mi roja enseña tremolar...,
y partiremos a la guerra
de nuevo, paje, a conquistar...
¿Hoy o mañana? ¡Qué me importa!
¿Cuna o sepulcro? ¡Qué más da!
Mas ahora, ahora si me amas,
si te condueles de mi mal,
vete y no tornes... En mi alcázar,
que hoy es morada sepulcral,
cantos de amor, de caza y guerra
no han de volver a resonar...
Tan sólo lágrimas, sollozos,
crispar de puños, rechinar
de dientes... ¡Todos los dolores
de la llegada humanidad!

SEGIS.—Pero, Sibyla...

GALAOR. ¡Calla, calla! *(Interrumpiéndole bruscamente.)*
Si a tu señor eres leal,
¡nunca ese nombre a mi presencia
te atrevas más a pronunciar!

SEGIS.—¡Señor, al irme de palacio,
de ella, a la fuerza, os he de hablar!
Murmura el vulgo de su encierro,
y hasta llegaron a trovar
una canción sobre su historia,
canción que os voy a recitar:
A la princesa Sibyla,
bella como un lirio en flor,

en una torre encerrada
la tiene el rey Galaor.
Porque no amase, su padre
sus lindos ojos cegó:
ruiseñor ciego entre hierros
cantará más y mejor...
¿Pues qué valen las prisiones
y hierros contra el amor?

GALAOR.—*(Fuera de sí, sujetándole por el cuello.)*
Calla, o mueres...

LA VOZ DE SIBYLA. Padre mío, *(Desde la prisión.)*
¿con quién, dime, con quién hablas?

SEGIS.—Señor...

GALAOR.—*(En voz muy baja empujándole hacia la escalera.)*
¡Silencio o te hundo
mi puñal en la garganta!

SIBYLA.—*(Impaciente, apareciendo en la prisión, y acercándose a tientas a la puerta.)*
Padre mío, ¿no respondes?

GALAOR.—*(Soltando a Segismundo.)*
¡Nuestra deuda está pagada! Vete, y que contigo todos
¡Si tú mi vida salvaste, mis servidores se vayan...
hoy la tuya dejo salva! Voy, mi hija... *(En voz alta.)*

SEGIS. Mas oidme...

GALAOR.—¡Silencio!... ¡Vuelve mañana, *(Empujándole.)*
que quiero por esta noche
quedarme solo en mi alcázar! *(Segismundo desaparece por la escalera. Galaor se vuelve hacia la prisión de Sibyla.)*

ESCENA II

GALAOR *y* SIBYLA

GALAOR.—*(Metiendo las llaves, que lleva prendidas al cinto, en la doble cerradura.)* ¿Qué quieres?

SIBYLA. ¡Cuánto has tardado!
¿Con quién, hace poco, hablabas? *(Galaor abre la puerta, que rechina tristemente, y en el dintel aparece la blanca figura de Sibyla.)*

GALAOR.—Con mis propios pensamientos,
que encontrados batallaban... *(Abraza cariñosamente a Sibyla y la besa en la frente.)*

SIBYLA.—*(Abrazándose al cuello de su padre, con la voz muy dulce.)*
Déjame salir... ¡Si vieras tan triste perfume exhalan,
cómo es lúgubre esta estancia! que al respirarlo se llenan
Estos muros son tan fríos, mis ojos ciegos de lágrimas.
(Galaor tiembla y se estremece todo al recuerdo de la escena terrible.)

GALAOR.—*(Dulcemente, dándole la mano para servirle de lazarillo.)*
Toma la mano, hija mía...
SIBYLA.—¿Por qué te tiembla? *(Al cogerla entre las suyas.)*
GALAOR.—*(Intensamente pálido.)* ¡Por nada!
SIBYLA.—*(Acariciando entre las suyas la mano paterna.)*
¡Qué bellas eran tus manos!
Tan finas, blancas y pálidas
como las que anoche en sueños
las trenzas me acariciaban.
GALAOR.—*(Lleno de terror.)* ¿Soñaste anoche, hija mía?
SIBYLA.—*(Sonriente, con ingenua felicidad.)*
Soñé... No sé dónde estaba.
El aire era tan fragante
y tan puro, que mi alma,
no cogiéndome en el pecho,
por mis labios se escapaba,
y como pluma en el viento
por los espacios volaba...
Tú y mi madre estabais lejos,
y a mi lado se encontraba
un mancebo tan gallardo
como un ángel...
GALAOR.—*(Violentamente, poniéndole la mano en la boca.)*
Basta, basta;
olvida esos locos sueños.
SIBYLA.—¿Te ofendo con ellos? *(Tristemente.)*
GALAOR.—*(Conmovido.)* ¡Calla!...
¡Perdóname! ¡Dame un beso! *(La besa.)*
(¡Se me han saltado las lágrimas!)
SIBYLA.—¡Lo mismo que tú me besas *(Con júbilo.)*
el mancebo me besaba!
GALAOR.—*(Intensamente agitado, cubriéndose el rostro con las manos.)*
¿Qué dices? ¡Horror, Diós mío!
SIBYLA.—¿Te molestan mis palabras? *(Con lágrimas.)*
¿Qué mal te causo soñando?
¿Por qué de mí te separas?...
¡Yo que pensaba alegrarte
recitando al son del arpa
la canción que escuché en sueños,
y que no sé quién cantaba!...
GALAOR.—¿Una canción?
SIBYLA ¡Y tan dulce
que suspiro al recitarla!
Tráeme el arpa... Ha de gustarte...
(Galaor se estremece, dudando en concederla lo que pide.)
Desde que ciegos se hallan
estos pobres ojos míos,
más dulces mis labios cantan. *(Se lleva la mano a los ojos. Galaor, conmovido, se inclina y se los besa.)*
GALAOR.—*(Aparte, entrando por el arpa.)*
(¡Sus palabras son puñales

que en mi corazón se clavan!) *(Entra y sale al momento con el arpa.)*

Aquí está ya... *(Aproxima paternalmente a la ciega el arpa. Los dedos de Sibyla buscan y acarician las cuerdas, como si fuesen cosas vivas.)*

SIBYLA Pues comienzo...

¡Las cuerdas están templadas! *(En el centro de la escena Sibyla recita, acompañándose del arpa. Galaor la oye, apoyado en la puerta de la prisión.)*

En tierra lejana
tengo yo una hermana.
Siempre en primavera
mi llegada espera
tras de la ventana.
Y a la golondrina
que en sus rejas trina
dice con dulzura:
«¡Por aquella espina
que arrancaste a Cristo,
dime si le has visto
cruzar la llanura!»
El ave su queja
lanza temerosa,
y en la tarde rosa
bajo el sol se aleja.
Desde su ventana,
mi pálida hermana
pregunta al viajero
que camina triste:
«¡Por tu amor primero,
dime si le viste
por ese sendero!»
Pero el pasajero
su calvario sube
y se aleja lento,
dejando una nube
de polvo en el viento.
Desde su ventana,
a la luna grita
mi pálida hermana:
«¡Por la faz bendita
del Crucificado,
dime en qué sendero
tu rayo postrero
su paso ha alumbrado!»
La luna, la vaga
llanura ilumina,
trémula declina,
y en el mar se apaga.
Acaso yo errante
pase vacilante
bajo tu ventana,
y sin conocerme
mi pálida hermana,
preguntes al verme
venir tan lejano:
«Dime, peregrino,
¿has visto a mi hermano
por ese camino?»

(Mientras Sibyla recita, aparece por la escalera Gudula; se detiene un momento, y después, para no interrumpirla, se aproxima sin hacer ruido a Galaor, y cogidos de las manos permanecen juntos a la puerta de la prisión, oyendo la canción.)

ESCENA III

DICHOS y GUDULA. *(Al terminar Sibyla la canción, Gudula y Galaor se quedan inmóviles, sollozando quedamente.)*

SIBYLA.—*(Abandonando las cuerdas del arpa.)*
¿Por qué callas, padre mío?
¿Dónde estás?

GUDULA.—¡Sibyla! *(Corriendo a abrazar a su hija.)*
¡Madre! *(Reconociéndola.)*

GALAOR.—¡No puedo más! *(Con acento desesperado.)*
SIBYLA ¡Madre mía! *(Acariciando a su madre.)*
¿también mi canto escuchaste? *(Con pena.)*
Tienes húmedos los ojos... *(Tiende las manos como copas para recoger el llanto materno.)*
Y tibias y lentas caen
tus lágrimas en mis manos,
cual si mis dedos besasen... *(Galaõr permanece inquieto, con el oído atento como si oyese algún rumor. Se dirige al fondo y escucha.)*
GALAOR.—(¡No puedo más!... ¡Tengo miedo!)
Me parece que anda alguien
por el jardín. *(A Gudula, inquieto.)*
¿Has oído
pasos, Gudula?
GUDULA.—*(Tranquilizándole.)* ¡Es el aire! *(Pequeña pausa. Gudula sienta a Sibyla en un banco, junto a la puerta de la prisión.)*
GALAOR.—*(A Gudula, misteriosamente.)*
Voy a vigilar... Espera...
Vendré al momento a buscarte! *(Desciende por la escalera con la mano en la empuñadura de la espada, como si fuese a desenvainarla.)*

ESCENA IV

SIBYLA *y* GUDULA *sentadas en un escabel. Momento de silencio. El viento estremece la puerta del foro*

SIBYLA.—Llaman a la puerta. *(Oyendo el ruido.)*
Madre, ¿quién será?
GUDULA.—El viento, hija mía,
que gime al pasar.
SIBYLA.—*(Intranquila, como si esperase algo.)*
No es el viento, madre;
¿no oyes suspirar?
GUDULA.—*(Pasándole las manos por los cabellos.)*
El viento que al paso
deshoja un rosal.
SIBYLA.—*(Impaciente.)* No es el viento, madre;
¿no escuchas hablar?
GUDULA.—El viento que agita
las olas del mar.
SIBYLA.—*(Levantándose.)* No es el viento... ¿Oíste
una voz gritar?
GUDULA.—El viento que al paso
rompió algún cristal... *(Se oye un canto lejano y fugitivo en el cual se escucha vagamente la palabra amor.)*
SIBYLA.—*(Escuchando.)* «Soy el amor—dicen—
que aquí quiero entrar...»

GUDULA.—*(Empujando dulcemente a Sibyla hacia su prisión.)*
¡Duérmete, hija mía!
¡Es viento... no más... *(Entran en la prisión.)*

ESCENA V

Aparece GALAOR, *sombrío y receloso, por la escalera, con la espada desnuda en la mano.*

GALAOR.—¡Ay!, por todas partes creo
ver fantasmas en el aire,
y es porque están los fantasmas
dentro de mi propia carne...
Gudula... Sibyla... *(Aparecen las dos en el umbral.)*
¡Es hora!

GUDULA.—*(Besando a Sibyla.)* ¡Adiós, mi hija!

SIBYLA.—*(Abrazándose al cuello de su madre.)*
¡Adiós, madre! *(Galaor besa a su hija y después cierra la puerta con dobles llaves. Gudula permanece cerca de la prisión con la cabeza entre las manos.)*

GUDULA.—*(Sollozando, a Galaor.)*
¿Por qué, por qué para siempre
esa prisión no le abres?

GALAOR.—Calla, Gudula; prefiero
mirarla muerta, a que manche
en el fango de la vida
sus blancas plumas de arcángel...
¡Y puede llegar un viento
y deshojar los rosales! *(Descienden lentamente por la escalera.* GUDULA *solloza apoyada en el brazo de* GALAOR.)

GUDULA.—*(Al descender.)*
¡Virgen santa! ¡Virgen santa!
¡Tened piedad de una madre!

ESCENA VI

Se oye rumor de pasos en la puerta del fondo.

SIBYLA.—*(Aproximándose a la puerta.)*
Pisadas de oro
hasta aquí se acercan...
¡La voz de los ángeles
más dulce no suena!
Llueven rosas blancas
sobre mí, al oirlas...
¡Pasos de mi novio,
llegad más deprisa!
¡Ven quedo, más pronto,
bello novio, mío!...
¡La voz de mi canto
te indica el camino!

ESCENA ULTIMA

EL DESCONOCIDO *aparece en la puerta del fondo y se dirige a tientas hasta la puerta de la prisión.*

EL DESCONOCIDO *(Parándose.)*
¡La voz de aquí venía... o bajaba del cielo!

La voz que es como un bálsamo de amor y de consuelo...
Del salón en que aguarda ésta es, quizás, la puerta...
Nada se oye... Nadie... La escalera desierta,
esos patios musgosos, el jardín olvidado,
los surtidores mudos, las salas polvorosas,
y este fúnebre y húmedo silencio de las cosas...
¿No será este palacio un palacio encantado?
Y la voz que yo he oído, ¿no será algún lamento
que a las mohosas cuerdas de algún arpa olvidada
arranquen en la sombra los suspiros del viento?
¿Será el eco remoto de aquella voz soñada?
Todo calma y olvido... ¿Acaso estoy soñando?
Sólo el rumor lejano del mar que se embravece,
y al chocar con las rocas su lamento parece
los gemidos de un náufrago que están asesinando.

SIBYLA. — *(Hilando.) Al empezar la canción, el* EL DESCONOCIDO *se aproxima a la puerta y se queda con el oído pegado a la cerradura como estático.)*

La virgen cantaba,
la dueña dormía...
la rueca giraba
loca de alegría...
«Cordero divino,
tus blancos bellones
no igualan al lino
de mis ilusiones.
Gira, rueca mía;
gira, gira al viento...
¡Amanece el día
de mi casamiento!
¡Hila con cuidado
mi velo de nieve,
que vendrá el amado
que al altar me lleve!
Se acerca... Lo siento
cruzar la llanura...
¡Sueña la ternura
de su voz el viento!
Gira, rueca loca;
gira, gira, gira...
¡Su labio suspira
por besar mi boca!
Gira, que mañana
cuando el alba cante
la clara campana,
llegará mi amante!
Cordero divino,
tus blancos bellones,
no igualan al lino
de mis ilusiones.»
La luz se apagaba,
la dueña dormía,
la virgen hilaba...
Y sólo se oía
la voz crepitante
de la leña seca...
¡y el loco y constante
girar de la rueca!

EL DESCONOCIDO.—*(Con la voz emocionada, golpeando la puerta.)*

¡Por fin! Es su voz... Abreme. Soy yo, mi dulce amor.

SIBYLA.—*(Acercándose.)*

¡Al fin, al fin llegaste, mi esperado señor!
Oyéndote me siento como envuelta en un manto
de nardos... Dueño mío, ¿por qué tardaste tanto?
¿En qué rama espinosa se enredó tu vestido?
¿Qué arroyo desbordado tu paso a detenido?
¿Tu corcel cayó exánime?... ¿No hallaste una galera,

que quisiera traerte a esta alegre ribera,
donde yo te esperaba, por tu ausencia dolida,
para darte en un beso la ofrenda de mi vida?

EL DESCONOCIDO

¡Hace ya tantos años que en vano te buscaba!
Cuando huérfano y pobre la existencia pasaba,
sollozando sin treguas, maldiciendo a la suerte
con los puños crispados invocando la muerte,
oí tu voz dulce y pura, una noche soñando,
y fué sobre mi herido corazón derramando
con sus dedos de seda balsámicos aromas,
dulzuras de panales y arrullos de palomas.
Tu voz me llevó en naves ornadas de jazmines
por verdes archipiélagos de lucidos jardines,
por canales de oro, donde las mariposas
semejaban violetas, azuzenas y rosas,
que las manos de un ángel, fragantes de belleza,
deshojasen, muy tenues, sobre nuestra cabeza.
Recelando aquella voz de celeste encanto,
que la voz aprilina, con el sueño se fuera,
desperté estremecido, todo bañado en llanto,
y erizada de angustia mi rubia cabellera...
Mas no huyó; que despierto, su suave canción
continúa arrullando mi pobre corazón...
Ella dora, platea y perfuma mis días...
¡Qué promesas de lejos!, ¡oh, dulce voz me hacías!
Palpitante de amores, en mi carrera loca,
por esa voz guiado, quise buscar tu boca.
Bajo nieves y lluvias visité mil países;
viví, como los viejos profetas, de raíces;
en alta mar, mil veces me han llorado por muerto;
me atacaron leones y la sed del desierto;
hasta que hace un momento, cruzando la profun
arboleda sombría que este alcázar circunda,
al escuchar tu canto, ví que he llegado, al fin,
¡oh, mi rosa de oro!, a tu imperial jardín.
¡Por Dios, abre la puerta!

SIBYLA

¡Pobre de mí, cuitada!
Desde que era una niña vivo aquí encarcelada.
Dos grandes cerraduras con sus dientes de hierro
unen con estos muros las puertas de mi encierro;
y sus llaves de plata guarda en su cinturón
mi padre.

EL DESCONOCIDO *(Braceando colérico.)*

¿Y él te ha encerrado en tan negra prisión?
¡Que las víboras broten donde pose su planta!
¡Veneno el aire sea que asfixie sus pulmones!
¡Que nidos de serpientes ahoguen su garganta.

y devoren sus míseros despojos los leones!

SIBYLA *(Suplicante.)*

Mi padre, el rey, me ama; y me encerró su amor
en esta negra y fría mazmorra, por temor
de lo que ha de llegar. Peligros traicioneros
que se abren como abismos al pie de los viajeros.
Una noche, sabiendo que ya mi frente ufana
llegar iba al alféizar de la única ventana
de esta torre; al saber que mis ojos, al fin,
iban a ver los árboles de ese viejo jardín,
el sol y las estrellas, los verdes naranjales,
el mar y las florestas, y los pavos reales
que decoran heráldicos la marmórea escalera
—todo cuanto hasta ahora en sueños solo viera,—
creyendo que mirarlos un mal me causaría,
él, que diera su vida por verme sin enojos,
y que tiembla al hablarme; llegó mientras dormía,
y con su propio acero me ha cegado los ojos!

EL DESCONOCIDO.—*(Dolorido y amenazador.)*

¡Ni el amor de tu hija, ¡oh miserable!, alcanza
a librarte del peso de mi justa venganza!
¡León, te harán pedazos mis dientes y mis uñas!
¡Te daré muerte, ¡oh rey!, con el cetro que empuñas!
¡Y antes que te devoren las carniceras aves,
el corazón del pecho te arrancaré... y las llaves!

SIBYLA.—*(Con llorosa vivacidad.)*

¡Señor, no le des muerte; yo no le puedo odiar!
¡Me adora tanto! ¡Siempre que aquí me viene a hablar,
humedecen mis manos las lágrimas que llora!

EL DESCONOCIDO.—*(Siempre colérico y amenazador.)*

¡Tu voz me dice que eres linda como la aurora!
¡Que él tan infeliz sea, como tú hermosa!...

SIBYLA ¡Calla!,
¿No ves que de tristeza mi corazón estalla?
¡No ultrajes a mi padre, que me ama con locura!
Oye: ve a verle ahora... Háblale con dulzura.
Dile el amor inmenso que a nuestras almas liga;
pídele, humildemente, con voz dulce y amiga,
que marcharnos nos deje de la mano, mi amor,
como dos corderitos, por los campos en flor...
¡Háblale con dulzura! El es bueno y clemente...
No podrá resistir tu súplica elocuente,
y ceñirá a tu cuello su brazo paternal...
¡Háblale, dueño mío! ¡Pero no le hagas mal!

(EL DESCONOCIDO *se dirige a la puerta del fondo. Relám, agos y truenos.)*

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

El salón del primer acto, escasamente alumbrado por una lámpara. Noche de tempestad. Relámpagos y truenos. Galaor duerme en un sillón, al pie de la ventana, abierta de par en par. Gudula también duerme, tendida en el suelo. A las plantas de Galaor brillan las dos llaves de plata de la prisión de Sibyla.

ESCENA PRIMERA

GALAOR, GUDULA *y* EL DESCONOCIDO. *Este penetra de puntillas y se detiene en el umbral, espiando en la obscuridad. Trae en la mano el puñal desnudo.*

EL DESCONOCIDO

Aquí es... No ví a nadie por los patios obscuros.
Como un ladrón, temblando he trepado esos muros,
y crucé, sigiloso, esas salas calladas,
deteniéndome al eco de mis propias pisadas.
¿Quién me impulsa? ¿Qué fuerza me señala el camino?
En mí se encarna el ciego influjo del Destino...
¡Una voz me ha impulsado hasta aquí! Voz que era
cual voz de mis entrañas... Ella ha sido mi guía,
hasta que al fin de esta misteriosa carrera
hallé la dulce boca donde esa voz surgía... *(Contemplando á los dormidos.)*
Están los dos durmiendo... Así libro a mi mano
de mancharme en la inmunda sangre de ese tirano,
del rey loco que ciega, sin morir de amargura,
a su única hija... *(Reparando en las llaves.)*
¿Qué es lo que allí fulgura?
Las llaves...
(Se aproxima quedamente y las recoge. Después contempla á Galaor.)
Duerme, viejo, y ¡ay de tí si despiertas!

GALAOR *(Soñando alto. El desconocido retrocede unos pasos y levanta el puñal.)*

¡Cerrad bien las ventanas y asegurad las puertas!
¡Allá viene, allá viene!... ¡Vi su sombra en el lago!...

EL DESCONOCIDO

Sueña... ¿Qué soñará... *(Se inclina sobre el viejo y le contempla con interés.)* ¡Qué bárbara agonía
se refleja en su rostro!

GALAOR *(Soñando)* ¡Allí viene!... ¡Y espía
con sus ojos voraces todo cuanto yo hago!

EL DESCONOCIDO

¡Cómo tiemblan sus labios y cómo se estremece!
¡Según como palpita su corazón, parece
que sufre en este instante todo el dolor del mundo! *(Lo contempla fijamente.)*
Modela la piel mustia su propia calavera,
y una trágica máscara cubre su faz de cera.

En su pecho, lo mismo que en un cubil profundo,
rugen y se devoran panteras y leones,
entre un crujir de zarpas y un rechinar de dientes,
y hay en la angustia bárbara de sus respiraciones
estertor de agonía y silbos de serpientes!... *(Conmovido.)*
¡Y hasta llora, Dios mío, hasta llora durmiendo!

GALAOR *(Estremeciéndose y soñando en alta voz.)*
¡Allá viene!... ¡Me ha visto... y se marcha riendo!

EL DESCONOCIDO *(Mirándole compasivamente.)*
¡Infeliz! ¡Cuánto debes, pobre rey, padecer! *(Inclinándose á contemplar á la reina.)*
Aquí duerme la reina... ¡Oh, pálida mujer!
El dolor ha dejado tu faz envejecida.
Las raíces más hondas entrarán en tu pecho,
sin esfuerzo ninguno, por tanta y tanta herida
como en él los puñales de la desgracia han hecho! *(Contemplándolos á los dos con lástima.)*
Aquí vine colérico contra ellos, pensando
en su muerte, y ahora, al ver que ni aun durmiendo
el dolor les perdona, de aquí salgo llorando,
cual si algo en mí sus penas estuviese sufriendo. *(Al salir, mirando las llaves.)*
Ya no volverás nunca, ¡oh llave maldecida!,
á cerrar á mi amada las puertas de la vida...
Irás siempre conmigo de ciudad en ciudad;
custodiarás mis huesos dentro del ataúd...
¡Ayer para ella fuiste señal de esclavitud,
y hoy eres en mis manos signo de libertad! *(Sale cautelosa y rápidamente.)*

ESCENA II

GALAOR *y* GUDULA

(La tempestad tórnase cada vez más violenta. Los truenos y los relámpagos se suceden sin interrupción.)

GALAOR *(Levantándose en estado de sonambulismo, andando á ciegas y blandiendo la espada.)*
¡Allá viene! ¡Allá viene! *(Como dirigiéndose a alguien.)*
¡Te mataré! ¡No huirás!
(Tropieza en la pared y despierta. Después, asombrado aún, mira en torno suyo.)
¿Dónde estoy? ¡Ah! Fué un sueño..., un sueño... y nada más.
¡Un sueño..., sólo un sueño! ¡Mas qué sueño y qué vida!
¡No puedo más, no puedo! ¡Es mi alma dolorida
una llaga sangrando bajo un guante de hierro! *(Aproximándose á la ventana.)*
¡Así clamar debéis cuando pase mi entierro,
nocturnas tempestades! ¡Vuestros roncos aullidos
serán mi marcha fúnebre!... ¡No puedo sufrir más!

¡Aprieta mi garganta, cadena de gemidos;
aprieta más, aprieta, que pronto me ahogarás!
¡Rugen en mí los leones; se desploman ciudades,
y fantasmas envueltos en negras tempestades
de lejos me amenazan con su rojo mirar!
¡No puedo más, no puedo! Señor, voy a quemar
mi palacio esta noche... ¡Sus brasas me han de dar
alas deslumbradoras con que poder volar
de este lúgubre pozo de infinitos dolores! *(Desvariando.)*
Se llenará la noche de dorados fulgores;
deslumbrarán las hondas de luz; la totovía
ha de cantar volando, creyendo que es de día...
¡Viéndole arder, mi alma se vestirá de fiesta!
Seré libre de mí, de Gudula y Sibyla,
de este palacio inmenso y de aquella floresta...
Mañana, cuando muera silenciosa y tranquila
la luna, y el sol dore las montañas distantes,
entre los humeantes escombros del camino,
distinguir no sabréis, ¡oh pobres caminantes!,
las cenizas de un rey, de los restos de un pino.

GUDULA *(Despertando.)*
¡Por fin que he despertado!... Soñaba, Galaor,
que en tenebrosa cárcel estabas prisionero...
Vi rodar tu cabeza al golpe del acero...
¡Ah, ni en sueños, ni en sueños me abandona el dolor!

GALAOR *(Sentándose y aproximándose á Gudula.)*
¡Qué loco estoy, Gudula, pues teniendo á mi lado
de tus labios de mieles el bálsamo querido,
el bálsamo que todas mis llagas ha cerrado,
en mis horas de angustia de tus labios me olvido!

GUDULA.—De noche, Galaor, apenas adormeces,
después que de rodillas dirijo a Dios mis preces,
tu triste frente beso...

GALAOR ¡Bien lo comprendo ahora!...
Soñando muchas veces, la turbé aterradora
que sin dolor mi pecho hostil acuchillaba,
huía de repente... El cielo azulcaba,
y dos manos de luna, transparentes e iguales,
coronaban mis sienes de flores irreales,
más dulces que las mieles, y ardientes como lavas. *(Con enternecimiento.)*
¡Y eras tú que piadosa la frente me besabas!
¡Bésame!

GUDULA *(Aterrada, huyendo de Galaor.)*
Mas ¿qué tienes? ¡Tus ojos, Galaor,
contemplarlos no puedo sin morir de terror!
¿Que te ha pasado, dime, después que me dormí?... *(Huyendo de Galaor.)*

¡Déjame! ¡No me busques!... ¡Tengo miedo de ti!

GALAOR.—*(Con ternura.)*

¡Dame un beso!

GUDULA.—*(Loca de terror.)*

¿Qué hiciste? ¡La mataste!

GALAOR ¡Gudula!,

tanta angustia mi pobre corazón acumula
que resistir no puedo!... Y ya para acabar
de una vez, voy ahora el palacio a incendiar..
¡Los tres estamos solos!... ¡Nuestra gente se ha ido
despedida por mí!

GUDULA *(Trémula, con los ojos queriendo saltársele de las órbitas, retrocediendo, pegándose á la pared y retorciendo las manos en una crispación dolorosa.)*

¡La razón has perdido!
¡Horror! ¡Horror! ¡Dios santo!

GALAOR ¿Qué cadena tan fuerte

te liga a la existencia, que así temes la muerte?

GUDULA.—*(Sollozando.)*

¡Qué locura! ¡Qué espanto! ¡Qué horror!... ¡Pobre hija mía!

GALAOR

¡No temas! Será rápida y dulce la agonía,
pues las llamas, a impulsos de ese fuerte huracán,
en un instante el viejo palacio trocarán
en ceniza y en humo...

GUDULA ¡Qué enorme desventura!

GALAOR

¡No puedo resistir esta horrible tortura
y amparo contra ella busco en la sepultura!

GUDULA

¡Por piedad!

GALAOR Cuando suene la última campanada

de las doce, Gudula, traeré nuestra hija amada,
y abrazados los tres moriremos aquí...

GUDULA.—¿No te espanta mi angustia? ¡Oh, ten piedad de mí!

(Caen pesadamente las doce campanadas de la media noche.)

GALAOR.—¡La media noche! ¿Oyes? Voy por ella... Es la hora...

(Buscando las llaves.)

Más ¿dónde están las llaves? ¿Dónde están?

GUDULA Hace poco

te las dí... ¿No recuerdas?...

GALAOR.—*(Exaltadísimo, dirigiéndose á la puerta.)*

Mi corazón devora
la impaciencia y el miedo.—*(Sale.)*

GUDULA.—*(Dirigiendo los brazos al cielo.)*

¡Señor, se ha vuelto loco!

(Cae de rodillas.)

Por los clavos, Señor; por la lanzada
que tu costado hirió;
por la hiel y el vinagre que te dieron,
¡protégenos, Señor!
Por el dolor sagrado de tu Madre,
por tu propio dolor,
por todos los dolores de la tierra,
¡protégenos, Señor!

GALAOR.—*(Volviendo completamente desfigurado, aullando y gesticulando como un demente.)*
¡Ha huído!

GUDULA ¿Quién? *(Levantándose.)*

GALAOR ¡Sibyla!

GUDULA *(Espantada.)* ¿Cómo?

GALAOR ¡Ha huído!
¡Oh, bien mi corazón lo presentía!... *(Desesperadamente.)*
¡Todo, todo, Gudula, se ha perdido!... *(Salen corriendo y gritando.)*

LA VOZ DE GUDULA.—*(Mientras baja el telón.)*
¡Oh, Sibyla!... ¡Hija mía!

LA VOZ DE GALAOR.—*(Más lejana.)* ¡Hija mía!

TELÓN LENTO

CUADRO SEGUNDO

La floresta del palacio de Galaor. A la luz lejana del relámpago, entre la espesura tétrica de las frondas, se ven al fondo las altas torres almenadas. La tempestad comienza a alejarse.

ESCENA PRIMERA

SEGISMUNDO *y* HAROLDO, *conversando en el primer término de la derecha.*

SEGIS.—¿Dónde hallaste el corcel?

HAROL. Junto a la playa
Rotas las bridas y la crin revuelta,
sobre un alto peñasco, relinchando,
bajó el negro furor de la tormenta
que llamaba a su dueño parecía
con duros cascos al herir la tierra.
Le tomé del rendal y allí le tengo,
¡Espléndido animal! Gualdrapas lleva
de púrpura y brocado, recamadas
de áureos borlones y orientales perlas.
¡No tiene Galaor, nuestro monarca,
gualdrapas tan valiosas y tan bellas!
¿Qué hacemos de él?

SEGIS. Guardarle en esa choza,
y en ella tú mis órdenes espera.
Dile a los escuderos que vigilen
y registren al par, senda por senda

ahora que como ejército en derrota
huye la tempestad, las nubes vuelan,
y entre la herida que en los cielos abren,
resplandecen, a veces, las estrellas.

HAROL.—¿Temes algo?

SEGIS. Sí, temo. ¡Tú no has visto
a Galaor! Temblaras si le vieras,
con los ojos brillantes como ascuas
y pálida la faz como la cera,
por sus vastos salones silenciosos,
rugiendo de dolor como una fiera.

HAROL.—¿Y por qué ese capricho de alejarnos
en una noche así, de su presencia,
y encerrarse en su alcázar de granito
igual que en una tumba?

SEGIS. Son rarezas
de su espíritu enfermo, devorado
por todos los dolores de la tierra.
Supliqué, supliqué puesto de hinojos;
me abracé como un náufrago a sus piernas,
pidiéndole entre gritos y entre lágrimas
que benigno mi súplica atendiera,
¡que me dejase sólo, como un perro,
dormir en los umbrales de su puerta!
Más todo inútil fué. «¡Vete—me dijo—
con todos los demás; y cuando vuelva
el sol a iluminar esas montañas,
también con todos a mi hogar regresa!»

HAROL.—¿Y temes?

SEGIS. Sí.

HAROL. ¿Qué temes?

SEGIS. Por Sibyla,
por él, por todos...

HAROL. ¿Pero qué proyecta?

SEGIS.—¿Acaso sabes tú lo que la nube
en los misterios de su seno encierra?
¡Quién sabe lo que guardan sus dolores!

HAROL.—Más ¿el juicio perdió?

SEGIS. Perdióle a fuerza
de sufrir...

HAROL. Más ¿sufrir...?

SEGIS. ¿Existe, Haroldo,
mayor locura que morir de pena?
Por eso, porque temo que algo ocurra,
os mandé vigilar esta floresta,
que cinturón de vivas esmeraldas
ese alcázar fantástico rodea...
Y hasta que salga el sol vigilaremos...

¡Vámonos por aquí. *(Señalando la derecha.)*

HAROL.—*(Cantando al alejarse.)*

¡Qué vida ésta!
En la calleja desierta,
vibra el alma de un laúd.
¡El amor llama a tu puerta!
¡Sal a abrirle, Juventud!

¡Sal a abrir al Prometido,
toda trémula de amor,
sin más velos que el tejido
de rosas de tu pudor!

ESCENA II

EL DESCONOCIDO *y* SIBYLA, *que entran huyendo por la izquierda.*

SIBYLA.—*(Deteniéndose.)*
¡Oh, qué canción tan dulce! ¿Qué voz mortal le canta?

EL DESCONOCIDO
Algún enamorado y joven marinero,
que con ella las penas del corazón espanta,

SIBYLA
¡Oh, cómo me conmueve la paz de este sendero!

EL DESCONOCIDO
¡Más de prisa, alma mía!

SIBYLA
¡Oh, mis pies! ¡Son tan niños
que caminar no saben! *(Parándose y respirando voluptuosamente.)* ¡Qué suavidad de armiños
tiene el aire esta noche! Absorbo su frescura
como un vino de ensueño en copa de diamante.
Siento flores, ¡qué aroma!, y mieles, ¡qué dulzura!
Mas tu boca es más dulce y tu voz más fragante. *(Pasando amorosamente los dedos por el rostro de* EL DESCONOCIDO.*)*
¡Qué hermoso eres! ¡Bésame!... *(*EL DESCONOCIDO *la besa con ternura.)* ¡Son rosas las caricias
de tu boca, y besándote siento una sensación
de suavidad, de encanto, de indecibles delicias,
cual si naciesen rosas dentro del corazón!

EL DESCONOCIDO.—*(Estático de felicidad.)*
Tu voz, amor, la oigo, como cuando anochece,
el viejo peregrino que torna a su alquería,
en el grave silencio que en los campos florece,
arrodillado y mudo, oye el *Avemaría.*

SIBYLA.—*(Pasándose la mano por la frente.)*
Cual se adora a la Madre de Dios, así te adoro.
Dime, amor, ¿son tus ojos ardientes y sombríos
o son como zafiros engarzados en oro,
como dicen que eran los pobres ojos míos?

EL DESCONOCIDO.—*(Con ternura.)*
Como quieras: son tuyos. *(Empujándola.)*
Mas vamos más de prisa.
¡Más de prisa, amor mío! No hay tiempo que perder.
Pueden llegar.

SIBYLA *(Dulcemente.)* Espera... ¡Qué dulzura en la brisa!

(Volviéndose á él y echándole los brazos al cuello.)
¡Oh, amor, si con mis ojos yo te pudiera ver
igual que con el alma y el corazón te veo!
Sentémonos. En medio de este bosque deseo
dormirme entre tus brazos, tu boca con mi boca,
absorbiendo tu aliento hasta embriagarme de él...

EL DESCONOCIDO.—*(Empujándola.)*
¡Vamos! Junto a la playa, amarrado a una roca,
de impaciencia esperándonos relincha mi corcel...
Vendrán en nuestra busca... ¡Vamos!

SIBYLA Mi pie vacila
al caminar...

LA VOZ DE GUDULA.—¡Sibyla! *(A lo lejos.)*

SIBYLA ¡Es mi madre!

LA VOZ DE GUDULA.—*(Más cerca.)*
¡Sibila!

EL DESCONOCIDO.—*(Empujando dulcemente á Sibyla.)*
¡Más de prisa, amor mío, que te vienen buscando!
Te lo dije...

LA VOZ DE GUDULA.—*(Más cercana.)*
¡Sibyla!

EL DESCONOCIDO ¡La voz se va acercando! *(Los cabellos de Sibyla se enredan en un espino en flor.)*

SIBYLA
¡Ay! Mis pobres cabellos se han enredado en una rama.
(Sintiendo las manos de EL DESCONOCIDO *que le desenredan las trenzas.*
¡Qué suavidades! ¡Qué claridad divina
de luna, dueño mío!

EL DESCONOCIDO. No hay luna.

SIBYLA. ¿Que no hay luna?
¿Son tus dedos, entonces, lo que el alma ilumina?

ESCENA III

DICHOS *y* GUDULA, *que entra jadeante.*

GUDULA ¡Sibyla! *(Desde dentro.)*

EL DESCONOCIDO.—¡Vamos, vamos! *(A Sibyla.)*

GUDULA. ¡Sibyla, por piedad,
no dejes a tu madre! ¡Ten, hija, caridad
de la mujer, llorosa que te llevó en su seno!
Y tú, señor, que tienes el mirar dulce y bueno,
demuestra que tu alma es también noble y pura.
Devuélveme a mi hija, o muero de amargura. *(Arrodillándose.)*
A tus pies, de rodillas, te lo vengo a pedir...
¡No te la lleves! ¡Déjala!

SIBYLA.—*(Besando la mano de su madre.)* ¡Oh, déjame partir!
¡Separarnos no puede nadie, madre, a los dos!

¡Nunca te olvidaré! (EL DESCONOCIDO *coge en sus brazos a Sibyla y huye con ella. Gudula sale detrás de los fugitivos. Sujeta al* DESCONOCIDO, *pero éste la rechaza violentamente, dejando en sus manos una cadena de oro y la capa.)*

GUDULA. ¡Sibyla!...

SIBYLA.—*(A lo lejos.)* ¡Adiós! ¡Adiós! *(Silencio.)*

ESCENA IV

GUDULA *y* GALAOR

GUDULA.—*(Contemplando el collar.)*
¿Qué más, Dios, sufrir puede un corazón transido?

GALAOR.—*(Que entra tropezando, con el cabello desgreñado.)*
¿La encontraste, Gudula?

GUDULA. La encontré... Mas ha huído

GALAOR.—¿Qué ha huído?

GUDULA. ¡Para siempre! Aquí me la encontré:
mas en vano gemí y en vano supliqué.
¡Todo fué inútil, todo! Se la lleva un galán...
Unidos de las manos por esa senda van...
Yo tras ellos corrí, dando locos gemidos;
llorando fuertemente me agarré a sus vestidos,
mas sin oir mis súplicas, sin atender mi pena,
el galán con tal fuerza se sacudió de mí,
que me dejó en las manos prendida esta cadena,
donde en dorado anillo resplandece un rubí. *(Entrega el anillo a Galaor. Entre un claro de nubes desciende un rayo de luna. La tormenta se va alejando.)*

ESCENA ULTIMA

SEGISMUNDO *penetra por la derecha con la espada desnuda. Al ver al rey se detiene.*

SEGISMUNDO.—¡Señor, señor, albricias! A Sibyla salvamos.
Con un galán cruzaba del brazo ese sendero.
Entre ellos me interpuse... Las espadas chocamos...
¡Y le he hundido en el pecho, hasta la cruz, mi acero!

GALAOR.—*(Mirando a la luz de la luna el anillo y la cadena, tambaleándose como un ebrio.)*
¡Maldición sobre todos nosotros! ¡Maldición!
¡Ay, que Dios vengativo a mi estirpe maldijo!..
¡Era mi hijo!

GUDULA. ¡Cielos! *(Tapándose el rostro horrorizada.)*

SEGISMUNDO.—*(Cayendo de rodillas.)* ¡Perdón, señor; perdón!

GALAOR.—*(Agonizando.)* ¡Por salvar a mi hija has matado a mi hijo! *(Se tambalea y cae muerto en brazos de Gudula; mientras desciende el telón se oyen los sollozos desgarradores de Gudula abrazada al cuerpo de Galaor.*

FIN DE LA OBRA

!!Eureka!!

Es el mejor calzado

NICOLÁS M.ª RIVERO, 11

MANTEQUERÍAS LEONESAS

Fábricas modelo: VILLAJER, (León.)

Depósito general: Nicolás María Rivero, núm. 8 y 10.-Madrid.

Comestibles y Fiambres

Viena Repostería Capellanes

Exquisitas mantecadas; pan de gluten para diabéticos; jamón en dulce elaborado por procedimiento nuevo y exclusivo.—Cada 100 pesetas de compra en repostería, regalo de una cartilla de 5 pesetas de la Caja de Ahorros Postal. Pasteles, dulces, pastas y postres.
Mendizábal, 34-Arenal, 30-Preciados, 19-Martín de los Heros, 33 y 35-Marqués de Urquijo, 19 San Bernardo. 88-Alarcón, 11-Génova, 25. Teléfonos: 1953- 937-1957-1905 y 1868.

FÁBRICA DE CORBATAS

Camisas, guantes, pañuelos, géneros de punto.

Elegancia, surtido, economía. Precio fijo.

CAPELLANES, 12 - MADRID - Casa fundada en 1870.

NUEVO ESTILO

Calle Fernando VI, 15.

Muebles finos, sólidos y elegantes. Especialidad en modelos para Despachos, Oficinas y Colegios.

NÚMEROS PUBLICADOS

POR

La Novela Teatral

Núm. 1.—TRATA DE BLANCAS.—Felipe Trigo.
» 2.—LA SOBRINA DEL CURA.—Carlos Arniches.
» 3.—EL MÍSTICO.—Santiago Rusiñol.
» 4.—LOS SEMIDIOSES.—Federico Oliver.
» 5.—LAS CACATÚAS.—Antonio Casero.
» 6.—EL LOBO.—Joaquín Dicenta.
» 7.—CHARITO, LA SAMARITANA.—Torres del Alamo y Asenjo.
» 9.—TODOS SOMOS UNOS.—Jacinto Benavente.
» 10.—EL REY GALAOR.—Francisco Villaespesa.

Concesionario

LEÓN ORNSTEIN

Mariana Pineda, 5

MADRID

Imprenta y Talleres de «La Novela Corta», Antonio Palomino, 1 - Madrid